



-VANOLAVI ERVIJA-

PRÓLOGO

¿Qué es la filosofía ficción? Fácil. Es lo mismo que la ciencia ficción, pero usando las premisas de la filosofía en vez de las de la ciencia.

En realidad, tampoco hay una frontera nítida entre ambas, Stanislav Lem, Voltaire, Philip K. Dick, Jorge Luis Borges son, cada uno a su manera, escritores de filosofía ficción. Se trata de utilizar teorías, conceptos o propuestas filosóficas como material literario. Y no solo como una fuente de ideas que bien manejadas, estiradas y amasadas sirvan para disparar la imaginación produciendo inesperados efectos estéticos y conceptuales. Como en la buena ciencia ficción, el caleidoscopio de la fábula debe servir para poner a prueba el propio material filosófico, para apreciar su coherencia, su productividad y su potencial para obtener nuevas formas de mirar y entender el mundo.

De hecho, esto es algo que los filósofos venimos haciendo desde hace miles de años. Como se sabe, el filósofo no hace experimentos como los de los científicos, manipulando la materia sutil y retorcidamente para observar su comportamiento en circunstancias muy especiales pero muy reveladoras de su mecánica. Los filósofos no disponemos de laboratorios, ni aceleradores de partículas ni escáneres tomográficos. No encerramos ratas en laberintos con trocitos de queso, no metemos y sacamos líquidos multicolores de redomas humeantes ni, mal que nos pese, enviamos al espacio especímenes de Conocimiento, Verdad o Bondad para descubrir que les ocurre cuando la gravedad es cero (todo esto lo saben muy bien las autoridades, que se amparan en ello para no darnos apenas dinero para nuestros proyectos de investigación). Pero el filósofo sí puede y sabe hacer otro tipo de experimentos: experimentos mentales.

Es decir, lo que el filósofo hace es diseñar en su cabeza una situación ficticia, una que, como las de los experimentos de los científicos, nunca o solo muy improbablemente se puede encontrar en el mundo real, y observar el com-

portamiento de las ideas en esas circunstancias «muy especiales pero muy reveladoras». Como digo, esto es algo que se ha hecho siempre en filosofía. Desde el clásico mito de la caverna de Platón al asno de Buridan, pasando por los cien taleros de Kant o el demonio engañador de Descartes, hasta las más recientes habitación china de Searle o tierra gemela de Putnam, el experimento mental es uno de los recursos filosóficos más socorridos y que más han marcado su historia. Pero es importante tener en cuenta que los experimentos de los filósofos, como los de los científicos, han de ser repetibles. Es decir, es imprescindible que no solo el filósofo que lo ha pergeñado y sus amigos, sino cualquier ser humano pueda reproducir el diseño experimental y percibir por sí mismo que ocurre allí lo que el filósofo de turno dice que ocurre (el apoyo de experimentos repetibles es un criterio fundamental para distinguir las teorías científicas genuinas de la pesada ciencia de los parapsicólogos, ocultistas y demás fauna, quienes pretenden apoyar sus teorías con experiencias privilegiadas a las que el común de los mortales no tenemos acceso). Tanto es así, que los experimentos mentales han dado lugar en la historia de la filosofía a agrias disputas, en las que unos se acusan a los otros de haber hecho mal el experimento, ya sea por haber descrito casos anómalos, por no haber tenido en cuenta algún factor importante, o por haber efectuado observaciones sesgadas; o bien se contraatacan con nuevos experimentos, que llevan a nuevas hipótesis, que requieren nuevos experimentos, que producen nuevos datos y preguntas, que sugieren nuevas hipótesis, que requieren nuevos experimentos... exactamente igual que en las célebres sucesiones de experimentos de la ciencia natural.

Es cierto, también, que en ocasiones esto se ha llevado demasiado lejos, con perniciosas consecuencias. Hay ahí una importante lección sobre el uso cabal de los experimentos mentales, que tiene mucho que ver con eso de «no llevar la cosa demasiado lejos».

Primero, el filósofo debe describir lo más cuidadosa y ricamente posible ese escenario imaginario, pero debe guardarse de decirle al lector «qué es lo que se ve» en él. No debe imponerle la conclusión, la moraleja o la enseñanza que se sigue. No debe hablar como si tuviera un telescopio especial que le permite divisar desde la distancia lo que está pasando en esos territorios fantásticos. Eso, además de ser completamente falso (por las razones que daré dentro de nada), estropea la diversión y quita toda pizca de gracia al asunto. El filósofo debe saber callarse a tiempo. Quizás sugerir, señalar,

comparar aspectos, pero después ha de quedarse quietecito en un rincón dejando que sea el lector el que saque las conclusiones y el que contraste sus intuiciones.

Segundo, hay que tomarse los escenarios del experimento y los objetos y seres que los pueblan solo como «objeto de comparación», como un mecanismo para contrastar y perfilar nuestras intuiciones sobre lo que pasa en la vida real y en el día a día. Y lo mismo puede decirse de sus propias ideas, aquellas de las que pretende convencernos: solo son útiles si sirven para comprender mejor «lo que pasa» en el mundo real. De lo contrario el filósofo puede terminar construyendo una teoría que explica perfectamente el caso ficticio pero que no sirve para entender mejor los casos auténticos. Termina hablando solo de la ficción, o del ideal (una subespecie perniciosa de la ficción), en vez de lo real. Esto ha pasado tantas veces en la historia de la filosofía, que nos aburriríamos poniéndonos a recontarlas. Desde la moral kantiana que es imposible de aplicar en el planeta Tierra a la teoría de los nombres propios de Bertrand Russell según la cual ningún nombre del castellano sería un verdadero nombre propio. Un ejemplo reciente y familiar a los filósofos del lenguaje es la saga de la Tierra Gemela que inauguró inocentemente Hilary Putnam imaginando un planeta idéntico al nuestro en todo salvo en que la composición del agua no es H₂O sino XYZ y preguntándose si «agua» significa allí lo mismo que aquí. En la discusión posterior algunos filósofos terminaron olvidándose de los olmos y las hayas, las ollas y las cacerolas de nuestro planeta Tierra, y hablando solo del XYZ, lápices animales, tigres extraterrestres y otros extraños objetos de ficción. O lo que es peor, de designadores rígidos, obstinados, persistentes, de jure, de facto y pluridimensionales y un montón más de «términos ideales». Y así uno acaba tomándose más en serio al «lápiz ideal» o al «designador rígido que refiere al género natural lápiz en todo mundo posible» que al entrañable cilindro de madera relleno de grafito de nuestro día a día.

Y eso, amigos, no es sano.

En otras palabras, el filósofo no debe tomarse el experimento mental demasiado en serio. Es un medio, no un fin. Su función es propedéutica, no demostrativa. Es solo un caso análogo al real, no un caso genuino. Lo cual, para alegría mía, nos lleva de vuelta a la filosofía ficción. Porque esa es, diría yo, su gran ventaja: que por la propia naturaleza del género se da por sentado que nadie va a tomarse la cosa en serio. Esto libera al escritor

de responsabilidad, al lector de la angustia hermenéutica, aleja a los presuntuosos y los pedantes, y permite disfrazar las verdades incómodas de la vida con el uniforme de la broma. Y en fin, convierte la salita del pensamiento en ese comfortable ambigü en que uno se toma relajadamente un té con Lewis Carroll, mordisquea los pastelitos agridulces de Chesterton al tiempo que asesta una calada al puro de Marx (Groucho, no Carlos) y va abriendo, despacito y saboreando cada instante, la cajita de la ironía socrática.

Y ese, como el conejo pato no se cansa de repetir, es el camino más corto para alcanzar la sabiduría.

BIOLOGÍA DEL CONEJO PATO

(œ±) *El conejo pato es capaz de mirar en dos direcciones a la vez.*

(œ†) *El conejo pato es el único animal que se desplaza con igual habilidad tanto por tierra como por mar y aire.*

(œ¤) *Según dicen, hay gente que «come con los ojos», pero el conejo pato es el único ser vivo que «come con las orejas».*

(œ€) *El nombre científico del conejo pato es Oryctolagus Anatidae, pero a él esto le importa una zanahoria.*

(œŒ) *¿Cuántos sexos tiene la especie conejo pato? Cuatro: conejo-pato, coneja-pato, conejo-pata y coneja-pata; géneros ya no te cuento (Nota bene: exactamente los mismos que en la especie humana).*

(œ§) *Contrariamente a la creencia popular, el conejo pato sí tiene cuerpo; lo que pasa es que este no está permanentemente pegado a su cabeza (en otras palabras: nuestro mayor anhelo solo ha sido alcanzado por el conejo pato).*

(œð) *El conejo pato, como su pariente el gato de Cheshire, sonrío; pero cuando el conejo pato se desvanece quedan, suspendidas en el aire, dos sonrisas.*

HOMEOSTASIS EMOCIONAL

Me presentaré. Mi nombre es Facundo Dicha y mi único propósito en la vida es ser feliz. Ya sé qué dirán. Dirán que eso es lo que queremos todos. La felicidad. Pero no es verdad. No, no lo es. Cuando a la gente le preguntas qué buscan en la vida te responden casi siempre, es cierto, que buscan la felicidad. Pero lo dicen solo porque es la respuesta fácil, ya sabes, el tópico que vale siempre y que nunca dice ni hace nada. O sea, que dicen lo que dicen porque no quieren pararse a pensar, porque nunca se han parado a reflexionar sobre qué es lo que de verdad desean o porque, vamos a ser sinceros, en realidad no saben lo que quieren.

Además, a la hora de la verdad casi todo el mundo acaba, tarde o temprano, sacrificando su bienestar por alguna otra cosa. Un chisme, un ideal, un capricho, un proyecto... La mayoría de los hombres y las mujeres, una vez que se amanceban y procrean un poco, acaban olvidándose de la felicidad y se ocupan nada más que de criar a sus hijos y asegurar su vejez («seguridad», eso sí que lo buscamos todos). Muchísimos otros dejan de interesarse por la felicidad porque se enfrascan en la persecución del éxito, ya sea en su profesión o en alguna otra vocación. Quizás te digan que el éxito –como el bienestar de los hijos para los otros– les hace felices. Pero eso es pura mentira. Es fácil de ver que es el éxito en sí lo que les interesa y no lo que este les pueda brindar, pues para ellos los triunfos solo traen consigo nuevas ambiciones, nuevos retos, nuevas preocupaciones y al final más ansiedad y más angustia. Algunos pocos, ya lo sabemos, directamente sacrifican su felicidad en aras de alguna noble empresa, se van con una ONG a la India o consagran su vida a la búsqueda de una cura para el cáncer de pecho. En este caso se suele reconocer, es verdad, e incluso en voz alta y hasta con orgullo, el hecho de que se ha renunciado a la felicidad personal. Aunque incluso entre esos hay, lo que es el colmo, alguno que osa proclamar que el sacrificio les hace dichosos, y que el gozo les recorre el cuerpo mientras limpian la caca de un *miecha* tuberculoso, lo cual

me parece una hipocresía de tamaño cósmico. Aunque yo les disculpo, teniendo en cuenta que están haciendo lo que todo el mundo percibe que hay que hacer pero nadie haría ni en broma.

En mi caso no. Yo siempre he buscado, sigo buscando y siempre buscaré nada más que mi propia satisfacción. Así es. Seguramente debido a que yo nunca he tenido esas cosas por las que los demás la sacrifican: familia, carrera, ideales. O nunca he tenido interés por ellas, y quizás por eso no las tengo.

Para empezar, he nacido huérfano. Mis padres eran unos adolescentes que murieron al poco de producirme en el accidente de tren de Lavacolla (quizás lo recuerdes), y mi abuelo fue quien se encargó de mí hasta su muerte cuando yo tenía 11 años. Mi abuelo me nombró único heredero, pues no tenía otro familiar más que yo y yo ningún otro salvo él. Lo que me dejó no era una fortuna, pero sí suficiente para no tener que andar preocupado por el vil metal para el resto de mi vida. Además, incluía la vieja casita del Pombal aquí en el centro de Compostela, donde vivo ahora, y algunas fincas en las montañas de O Courel, de donde era oriundo el padre de mi padre.

Por un tiempo fui a la universidad, comencé unas cuantas carreras, llegué lejos en alguna, y hasta jugué con la idea de una plácida vida consagrada al estudio. Pero terminé, como tantos, decepcionado por la poca sustancia de la sabiduría «oficial». Por otro lado carezco del más mínimo talento artístico, no tengo madera de héroe, santo o mártir, nunca me han persuadido los sermones de los profetas o los revolucionarios, y para colmo soy estéril, algo que poco importa pues no tengo ni una brizna de instinto paternal.

Así que yo, Facundo Dicha, soy libre para hacer con mi vida lo que me salga de las gónadas.

Entiéndaseme bien. Por favor, no me juzguéis demasiado deprisa. No es que sea un tipo amoral, un egoísta que solo se interesa por lo suyo. Tampoco soy un sociópata sin empatía ni sentido moral (y no, no soy un asesino en serie). Para nada, cumplo más o menos con mis deberes de ciudadano (aunque procuro defraudar en la declaración de hacienda lo más posible), echo una mano a mis amigos cuando hace falta, y me estremezco como cualquiera cuando en el telediario exhiben enfermos terminales, niños desnutridos o refugiados que huyen